



XI Jornadas de Sociología, 2022

Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación- Universidad Nacional de La Plata

MESA 11 | La dictadura militar. Memoria, derechos humanos y justicia

Título de la ponencia:

“Las mujeres de Ford”: una lucha por la verdad en dictadura (1976-1983)

Vázquez Lareu, Cecilia

FaHCE-UNLP / FSOC-UBA / IIGG / CONICET

DNI 38994942

ceciliavlareu@hotmail.com

1. Introducción

Al estudiar los años de la última dictadura cívico militar nos encontramos frente al horror de la represión estatal encarnada en las desapariciones, persecuciones, torturas y cautiverios clandestinos. Desde el ámbito académico se han producido numerosos aportes para el conocimiento de aquellas violencias así como de los diversos procesos de justicia y reparación que comenzaron a desarrollarse desde el retorno democrático y tomaron más fuerza con la reapertura de los juicios en el año 2005. Tanto desde el campo de los estudios de memoria como desde la historiografía, se ha indagado en las violencias características de la última dictadura -representadas por las desapariciones y la apropiación de niños-, así como en la conformación del movimiento de Derechos Humanos y el derrotero que siguió la judicialización de aquellos crímenes. Este abanico de investigaciones nos permite, partiendo de ellas, profundizar en la reconstrucción de una gran cantidad de violencias particulares sufridas durante el período del terrorismo de Estado (1976-1983). Con esto, me refiero a investigar y reponer una serie de violencias y experiencias traumáticas sufridas por familiares, allegados y una variedad de círculos de socialización de las personas desaparecidas y/o perseguidas. En este sentido, considero que la narrativa humanitaria ha enfatizado la figura del desaparecido y del militante social, énfasis que encuentra su explicación en la necesidad de demandar justicia y conocer la verdad sobre el destino de aquellas personas pero que en cierta medida ha aportado a la relativa desatención del modo en que la última dictadura con su sistema represivo ha flagelado un vasto universo de biografías.

Ante la pregunta por el impacto de las desapariciones y la persecución durante el terrorismo de Estado en Argentina (1976-1983) más allá de las víctimas directas, se abre una serie de interrogantes y puntos de partida. ¿Qué creían sus familiares sobre la situación de los desaparecidos? ¿En qué medida se desconocía lo que estaba ocurriendo? ¿Qué se lograba averiguar y por qué medios? El manejo de la información y los distintos niveles de desconocimiento sobre los hechos revistieron características particulares según el caso. En numerosos casos, la dificultad para creer y dimensionar lo que había sucedido trascendió incluso el retorno de la democracia. Muchas familias víctimas del sistema represivo han relatado que el impacto al leer el informe de la CONADEP donde se describió la sistematicidad y las dimensiones del sistema represivo fue profundo. Similares fueron las sensaciones al leer el informe de Amnistía Internacional, con testimonios sobre los campos clandestinos de detención en Argentina. Lo cierto es que el vínculo y la actitud respecto a todo lo que ha sido la dictadura fue cambiante y depende en todo caso de los actores, grupos y

trayectorias particulares. En gran parte de las historias familiares hallaremos procesos que albergan momentos de búsqueda, resistencia, averiguaciones, pausas y silencios. A pesar de la existencia de esta multiplicidad de cuestiones abiertas a su indagación, la producción de bibliografía vinculada al análisis del impacto de las desapariciones y persecución en las familias y círculos afines durante la última dictadura (1976-1983) es acotada.

En sintonía con lo expuesto, me propongo iniciar una indagación sobre las violencias sufridas y las estrategias empleadas por las parejas de los obreros detenidos-desaparecidos de la planta automotriz Ford Motor situada en General Pacheco. Entre marzo y mayo de 1976, un grupo de 24 trabajadores¹ -delegados, subdelegados y operarios- fueron secuestrados, de los cuales 18 fueron detenidos y torturados en el propio predio de la empresa. Hasta hoy, 8 de ellos permanecen desaparecidos. Esta serie de secuestros clandestinos tuvo como respuesta la movilización de sus familias, con especial protagonismo de sus parejas, quienes organizaron su búsqueda enfrentando el terror y la incertidumbre así como violencias físicas y simbólicas.

El trabajo se basa en la recuperación y el análisis de un conjunto acotado de entrevistas provenientes del archivo oral de Memoria Abierta y del reciente Archivo Oral impulsado por la Secretaría General de Derechos Humanos del Municipio de Tigre. Estos archivos contienen -entre otras- entrevistas realizadas a algunos de los sobrevivientes y a dos de las mujeres que motorizaron la causa militante en la búsqueda de verdad y justicia: Arcelia Ortiz y Elisa Charlin, compañeras de Ismael Portillo y Pedro Troiani. Partiendo de un análisis de las fuentes orales que me permitirá reponer datos históricos pero también recabar sentidos asignados por las personas que relatan sus experiencias, el trabajo se dirige a conocer cuáles fueron las trayectorias de estas mujeres en su movilización por la búsqueda de sus maridos durante la etapa más álgida del terrorismo de Estado. Ello, supondrá indagar con qué obstáculos se encontraron, qué estrategias utilizaron en esa búsqueda y qué violencias vividas han relatado en esas oportunidades.

Elisa Charlín, Arcelia Ortiz y Gabriela Córdoba son las esposas y parejas de Pedro Troiani, Ismael Portillo y Ricardo Avalos respectivamente, obreros de la planta automotriz Ford Motors (Gral. Pacheco) durante los años setenta. Con la intención de abordar aspectos de las historias familiares de los desaparecidos de Ford, el presente escrito trabaja con un conjunto de fuentes orales que se encuentran en los reservorios mencionados anteriormente. Con respecto al archivo de Memoria Abierta, me centré en una entrevista realizada en el año 2006

¹ "Fuimos cayendo varios con el tiempo. En total detuvieron a 24 compañeros. Fuimos torturados en ese maldito quincho, que está en el campo de deportes." Entrevista a Pedro Troiani (querellante de la causa), Agencia Paco Urondo, 2018.

a Arcelia Ortiz. Del archivo municipal de Tigre, analicé las entrevistas realizadas en el año 2021 a Elisa Charlin y Pedro Troiani, Arcelia Ortiz e Ismael Portillo, Gabriela Córdoba y Ricardo Ávalos.

Si bien el trabajo abarca una multiplicidad de eventos transcurridos desde el mes de marzo de 1976 hasta octubre de 1983, la descripción y el análisis de los hechos se focaliza en los dos primeros años del período. La decisión de profundizar en el tiempo que transcurrió desde marzo de 1976 hasta marzo de 1977 encuentra su fundamento en haber sido los meses durante los cuales los obreros y delegados gremialistas de la fábrica Ford estuvieron desaparecidos y luego detenidos. En ese tiempo, sus parejas y familias desplegaron una serie de acciones y estrategias de búsqueda y resistencia, enfrentando obstáculos y soportando diversas violencias que en esta oportunidad constituyen el foco del análisis. Por otra parte, la elección de la periodización institucional (1976-1983) es el punto de partida para poner de relieve cómo, aún en dictadura, hubo subperíodos más álgidos que albergaron una mayor violencia política focalizada sobre algunos grupos. La intención es demostrar que el prisma desde el cual se narran las experiencias permite traer a primer plano aquellas marcas temporales específicas que, al interior de los períodos institucionales, caracterizan las biografías y trayectorias particulares.

En el caso de los desaparecidos y familiares de Ford encontramos que, si podemos identificar un período de profundización de la violencia y la represión de la que fueron blanco, también se pueden establecer secuelas sostenidas en el tiempo y líneas de continuidad que trascienden esos años. Considero que partir de las marcas temporales de la última dictadura para describir las experiencias y trayectorias de un grupo específico habilita el análisis de historias capilares que desafían los períodos institucionales y brindan relieves a los relatos hegemónicos. En el mismo sentido, reponer una serie de historias basadas en relatos de las familiares de detenidos-desaparecidos posibilita conocer un conjunto de experiencias resistentes que se vinculan pero también se diferencian de las trayectorias de las víctimas directas de las desapariciones.

El trabajo presentado en esta instancia forma parte de un proceso de investigación más amplio enmarcado en un proyecto de tesis doctoral, donde será examinado y realizado un conjunto mayor de entrevistas a los y las protagonistas de la causa “Los desaparecidos de Ford”. El trabajo se propone entonces como una exploración embrionaria del objeto de estudio a partir de fuentes orales que ya se encuentran disponibles, para comenzar a reponer y articular

experiencias, sentidos y memorias sobre este caso particular de violaciones a los derechos humanos sufridas durante la última dictadura.

2. Los desaparecidos de Ford

Entre marzo y mayo de 1976, 24 trabajadores² -delegados, subdelegados y operarios- de la empresa Ford Motor S.A. (Gral. Pacheco) fueron detenidos-desaparecidos. Algunos de ellos fueron secuestrados directamente de la planta fabril donde desempeñaban sus tareas mientras que a otros los fueron a buscar a sus hogares y de allí se los llevaron. De aquél grupo, 18 fueron detenidos y torturados en el propio predio de la empresa y, hasta hoy, 8 de ellos permanecen desaparecidos³. No constituye un dato menor el hecho de que en su mayoría fueran delegados o activistas

“Los desaparecidos de Ford” aparece en este campo de investigación como la causa militante que logró instalarse y ocupar un lugar en la escena pública gracias al trabajo del núcleo demandante de justicia. Este núcleo pudo consolidarse aún con dificultades y pérdidas y está integrado por los trabajadores de la planta automotriz que sobrevivieron a los cautiverios clandestinos y sus familiares, con especial presencia de sus parejas. Con el transcurrir de los años, ya en democracia, se integraron al grupo movilizador de la causa actores sociales provenientes de otros ámbitos como abogados y activistas de organismos de Derechos Humanos. Esta investigación se centrará en analizar la trayectoria del colectivo desde sus orígenes situados en la movilización de las esposas al enterarse de los secuestros de sus maridos en 1976, hasta 1984, cuando un grupo de sobrevivientes llega a presentar una denuncia ante la CONADEP. Si bien la causa de “Los desaparecidos de Ford” aparece en la escena pública con tal denominación recién en la movilización del 24 de marzo en el año 2006, en la investigación emplearé ese término para referir a la causa militante.

3. “Las mujeres de Ford”: historias de violencias y resistencias

3.1. Tigre

El 24 de marzo de 1976 muchas familias argentinas, incluyendo las de los obreros de la planta automotriz Ford en el norte de la provincia de Buenos Aires, amanecieron con noticias de todos los medios de comunicación anunciando que el gobierno de María Estela Martínez de

² “Fuimos cayendo varios con el tiempo. En total detuvieron a 24 compañeros. Fuimos torturados en ese maldito quincho, que está en el campo de deportes.” Entrevista a Pedro Troiani (querellante de la causa), Agencia Paco Urondo, 2018.

³ Se trata de Hugo Alberto Castro Santoro, Walter Kenneth Nelson Fleury, Juan Aristóbulo Hidalgo Pereyra, Ricardo Luis Cagnoni Mariani, Félix Lucero, Carlos Martín Lobato, Ricardo Luis Cuello, Jorge Antonio Leonetti.

Perón había sido derrocado por las Fuerzas Armadas. Según han narrado algunas de las mujeres, en aquel momento no imaginaron las dimensiones de lo que ocurriría ni el nivel de planeamiento que acarrearía. Los obreros de la planta Ford de General Pacheco continuaron con el cumplimiento de las jornadas laborales durante el mes de marzo. El 13 de abril por la tarde, Arcelia Ortiz recibió por su hermano la noticia del secuestro de su marido Ismael. El hermano de Arcelia, quien trabajaba también en la planta, presenció cómo un grupo de militares se llevaron a Portillo junto a otros trabajadores entre los que se encontraban los apellidados Troiani, Propato, Conti y Traverso. Tras observar la escena, abandonó la planta con otro compañero y siguieron, en un auto, la camioneta en la que se llevaron a los trabajadores hasta la comisaría regional de Tigre. Esa noche, llamó a Arcelia: “gorda, venite a Buenos Aires como sea porque a Portillo se lo llevaron los militares”.

Al día siguiente, con Arcelia de regreso a Buenos Aires, fueron a la regional de Tigre y allí se encontraron con un grupo de personas: eran familiares y allegados de trabajadores que también habían sido secuestrados. Entre los presentes, había familiares de obreros de las empresas Ford, Astilleros Sánchez, Astilleros ASTARSA, Terrabusi y Frigor entre otros. En muchos casos, fue la primera vez que las parejas de los desaparecidos de Ford escucharon el término *desaparecidos*: “en esa fila están los familiares de los desaparecidos de Ford”. El conocimiento y el nivel de comprensión de la situación eran extremadamente embrionarios, fragmentados, escuetos, ¿qué significaba que sus maridos estuvieran desaparecidos?

“cuando llegamos a la comisaría de Tigre (...) había una cola a la vuelta a la esquina, con gente que preguntaba, que llegaba y ahí fue cuando entré y conocí a las esposas o a las mamás de los otros compañeros, “vos sos de Ford, vos sos de Ford” (...) habíamos armado unos grupitos ahí y los días seguían pasando y nadie tenía información de nada.” (Elisa Charlin, 2021)

El mismo día de los secuestros, en la comisaría, las mujeres comenzaron a comunicarse con mandos policiales y militares. El primer -y breve- intercambio que tuvo Arcelia fue con un capitán apellidado Ortiz, quien la recibió allí mismo junto a un grupo muy reducido de familiares, a quienes trató en términos hostiles y peyorativos, calificando a sus maridos de subversivos, haciéndolas callar y echándolas de nuevo a la calle tras negarles cualquier tipo de información. Las mujeres salieron de la regional con un único dato: debían entrevistarse con el Teniente Coronel Antonio Francisco Molinari, director de la escuela de ingenieros, cuya oficina se situaba en Campo de Mayo.

Ya en aquella instancia, donde podríamos establecer un primer momento de la búsqueda, aparecieron tangibles dificultades, violencias verbales y desigualdades. Las desigualdades que obstaculizaron el proceso de búsqueda del paradero de sus maridos estuvieron presentes en una amplia gama de sentidos: desde el aspecto más evidente y material de las posiciones sociales hasta la capilaridad del lenguaje en los mensajes transmitidos y el estatus jerárquico de los lugares. Para explicar este punto, tomemos como ejemplo el primer indicio que obtuvieron acerca de dónde buscar: el capitán Ortiz, en la regional, les comunicó que se dirigieran a Campo de Mayo a entrevistarse con el Teniente Coronel Molinari. Según han narrado, la referencia a “Campo de Mayo” como lugar al que acudir se les presentó como un paisaje lejano, inaccesible y desconocido, “lo máximo, intocable”. Los relatos de las mujeres han evidenciado la existencia de aquella disparidad frente a un mundo simbólico y físico al que no estaban acostumbradas, que no formaba parte de sus vidas cotidianas y a la vez se presentaba como hostil y de difícil acceso. Este conjunto de lugares, términos, modos y protocolos al que ellas y sus familias eran ajenas se presentó en aquel momento como una estructura inaccesible y expulsiva, a la que sin embargo debían ingresar para conocer la situación de sus familiares y compañeros. A la situación de vulnerabilidad e incerteza que significaba desconocer el paradero de sus parejas, se adicionó la brecha que implicaba el alejamiento de ambos entornos sociales y los malos tratos recibidos desde las primeras interacciones con sujetos del círculo militar y policial.

“No sabés lo que sentíamos, yo y muchas de las que estaban conmigo, yo no sabía ni cómo era campo de mayo, cómo entrar, me parecía una cosa intocable, nunca tuve necesidad de ir, me parecía que era lo máximo y lo intocable, que nunca se te va a abrir una puerta para que entres ahí. Decirme campo de mayo para mí era decirme entrar a la casa blanca más o menos... pero tenía que ir, no me quedaba otra, yo tenía que encontrarlo a Ismael como sea.” (Arcelia. Ortiz, 2006)

Diversos fragmentos de entrevistas realizadas a las mujeres de la causa Ford demuestran que aquella distancia y desigualdad -fuente de angustia y desconcierto en el trayecto de búsqueda de sus parejas- se encontraba presente también en los hechos simbólicos. No sólo los secuestros y desapariciones constituyeron eventos traumáticos (y violentos) que flagelaron las vidas de estas familias sino que todo el proceso de búsqueda de verdad y justicia albergó violencias simbólicas que profundizaron la experiencia de vulnerabilidad. En sus relatos, las mujeres dan cuenta del modo en que las distancias y lugares poco conocidos revistieron dificultades en sus intentos por conocer la verdad y dar con el paradero de sus familiares. Mientras los trabajadores estaban secuestrados en Tigre, ellas se propusieron ir al Ministerio del Interior con intenciones de hacer averiguaciones y obtener información. Hasta ese

momento, las acciones que habían llevado adelante fueron recorrer por separado -muchas acompañadas por otros miembros de sus familias- distintas comisarías zonales. La idea de presentarse en el Ministerio guardaba ciertas expectativas pero también se configuraba para ellas como un lugar lejano “era tan lejos... era la capital, eran lugares que yo no conocía y siempre me encontraba con filas de gente, cuadras y cuadras esperando alguna información” (Arcelia, 2006). No obstante, las características de estos eventos pueden analizarse como la contracara, o bien el punto de partida, de las complejas y exitosas estrategias que fueron elaborando como parte del proceso de resistencia.

Frente a la desaparición de sus maridos y la total escasez de informaciones certeras, las mujeres comenzaron a desplegar estrategias de manera espontánea. En aquella segunda quincena del mes de marzo de 1976, realizaron vigiliadas y se organizaron por turnos rotativos con el objetivo de controlar la entrada de la comisaría para estar presentes en el caso de que los militares sacaran o trasladaran a sus parejas. En esta instancia, la organización surgida como respuesta inmediata a los eventos represivos puede ser calificada como incipiente y coyuntural. Sin embargo, desde el presente puede identificarse como el embrión de un proceso de resistencia y activismo que se robusteció con el paso del tiempo y el cambio de contextos.

Durante los primeros 30 días en que los trabajadores de Ford estuvieron secuestrados-desaparecidos en la comisaría regional de Tigre, sus parejas no entablaron un contacto cotidiano entre sí. Arcelia y Elisa, por ejemplo, no recuerdan haber establecido conversaciones entre ellas; aún no habían conformado el grupo organizado que fueron constituyendo en el proceso de búsqueda los días siguientes, que se sostuvo y reforzó en años posteriores, liberados sus maridos. En aquél primer mes las mujeres vivieron en una situación signada por la constante incertidumbre, sin contar con respuestas oficiales. Sin embargo, permanecieron lejos de la inmovilidad: todos los días acudían, aun sin poder ver a sus parejas, a la comisaría de Tigre con paquetes que contenían ropa limpia y alimentos preparados para ellos. Simultáneamente, los eventos continuaban alimentando la confusión y la violencia simbólica: días después de haber mandado a secuestrar al grupo de trabajadores y delegados -listados con nombre y apellido en un papel- los directivos de la empresa Ford enviaron telegramas de despido a las familias aludiendo que no se habían presentado a sus tareas.

“(...)haría más o menos 20 días que estábamos haciendo ese trabajo de recorrer y de hacer guardia, viene un gendarme y me separa del grupo. Yo en ese momento pensé que me moría, pensé que me llevaba a matar. Me saca del brazo, me lleva a la estación de Tigre (...) yo no tenía fuerza en las piernas, temblaba porque sentía que

me iba a matar, para colmo con una soberbia, él te arrancaba, las otras chicas recuerdo que me quisieron sostener y las empujó, las tiró a un costado y me llevó a mí. (...) Cuando estábamos caminando por el andén me dice "vos caminá no me contestes, no digas nada, (...) yo me crié con su marido, a tu marido le dicen el negro, (...) el está adentro, pero no se te ocurra decir a nadie que yo te avisé. Solamente lo hago porque yo tengo un gran cariño por toda la familia de él. (...) él está vivo, está con un mameluco de la fábrica Ford, está con otros hombres de Ford, (...)" Yo no sabía si morirme en ese momento, si abrazarlo al milico este, si creerle, pero digo sí tengo que creer; no me podía dar datos tan precisos. (...) y rajé como me dijo él, corrí y me fui, me vine a casa. Lo llamo a mi hermano y le digo mirá esto y esto me enteré." (A. Ortiz, 2006)

Como relata Arcelia en el fragmento de la entrevista, incluso en las situaciones en que recibían indicios y trazos de información, estas comunicaciones se daban en una lógica clandestina, impregnada de temor. En el momento en que el gendarme la tomó del brazo y la llevó aparte, Arcelia sintió un profundo miedo y la incertidumbre sobre lo que podía sucederle entonces la invadió.

Es importante considerar el enmarque de los eventos acontecidos este primer tiempo, respecto al conocimiento que en ese entonces tenían elaborado las familias y, en particular, las esposas. En 1976, la información que circulaba por los escuetos canales de comunicación establecidos entre los familiares de los delegados y trabajadores desaparecidos era incierta y fragmentada. Este tipo de mensajes generalmente se obtenía de algún comunicado que lograba enviar alguno de los obreros secuestrados hacia "el afuera"; por ejemplo, a través de una frase escrita en un papel guardado en una de las prendas de ropa que devolvían a sus parejas.

"Nosotros sabíamos que estaban en la comisaría de Tigre porque se filtraba información, no teníamos nada oficial pero qué hacíamos: un grupo iba a campo de mayo, otro grupo estaba en la puerta de la comisaría de Tigre las 24 horas nos íbamos rotando, para que no los sacaran y nosotros no nos enteráramos, igual nos hicieron la trampa..." (A. Ortiz, 2006)

Más allá de aquellas pocas certezas con las que contaban sobre la situación de sus maridos, las mujeres -al igual que una parte mayoritaria de la sociedad argentina- no eran conscientes de las implicancias del régimen castrense: lo que significaba la dictadura, sus dimensiones, sus aliados civiles y la existencia de una cantidad de desaparecidos y campos clandestinos de detención, tortura y exterminio. De aquí, podríamos considerar que ese parcial desconocimiento de la situación nacional habilitó en algunos casos la movilización de las mujeres y contribuyó -junto con la preocupación y la angustia- a que se atrevieran a acceder a lugares y situaciones extremadamente riesgosas. Arcelia Ortiz y Elisa Charlin, durante numerosos días de marzo y abril, se apersonaron sistemáticamente en la comisaría de Tigre preguntando por sus maridos y haciéndoles llegar comida y abrigo, incluso se presentaron en

Campo de Mayo. En este último lugar, que en sus imaginarios aparecía caracterizado como inaccesible, lograron entrevistarse con el teniente coronel Molinari, quien también estuvo implicado en el secuestro y tortura de ocho delegados de la empresa Astilleros Mestrina. Pero, en ese momento, ellas no lo sabían.

“Yo hoy a la distancia digo: bastante tolerante fue Molinari dentro de todo porque con el poder que él tenía en ese momento creo que nos podría haber hecho desaparecer sobre todo a mí, un día me dijo adelante de todas que nunca más me iba a contestar una pregunta por lo atrevida que era. (...) Desde ya que él tenía todo el poder, yo no era nadie pero (...)” (A. Ortiz, 2006)

Si bien la mayor parte de los movimientos de búsqueda durante aquellos primeros días los realizaron solas o acompañadas por familiares, las visitas a campo de mayo eran una instancia en la que las mujeres de Ford se organizaron para ir en reducidos grupos. A la entrada de la escuela de ingenieros (Campo de Mayo) llegaban de a dos o tres y, si bien las hacían pasar de a una, la mayor parte de las veces procuraban ir acompañadas. De las siete oportunidades que Arcelia se entrevistó con Molinari entre marzo de 1976 y marzo de 1977, sólo asistió sin compañía la última de ellas en 1977, cuando habían liberado a muchos de los secuestrados de Ford pero faltaba su marido Ismael.

3.2. Devoto

“Las cosas que vivimos para verlos cinco minutos en villa Devoto, no se puede expresar en palabras”

“Cómo te trataban...era algo que uno no podía entender, íbamos, porque íbamos a verle al padre de mis hijas, mi esposo”

(Entrevista a Elisa Charlin, 2021)

Desde que desaparecieron a sus parejas y obtuvieron la información sobre su detención en la comisaría de Tigre, las mujeres de Ford acudieron al lugar diariamente con pequeñas entregas de bienes básicos. El 19 de mayo, al presentarse en la entrada, les informaron que sus maridos no estaban más allí.

“Un día nos dicen que se trasladaba la comisaría, que la entrada iba a ser por la Regional, hacen correr todo, cierran la comisaría de Tigre, ponen todo un vallado (...) Claro, todos nos concentramos en el otro lugar y por acá los sacaron a nuestros familiares. (...) Cuando al día siguiente insistimos que queríamos averiguar nos dicen que la noche anterior vino el ejército y los trasladó.” (A. Ortiz, 2006)

Frente a la modalidad en que se dió el traslado del grupo de trabajadores secuestrados, las familias volvieron a ser blanco de la angustia e incertidumbre. Los movimientos de los grupos

de detenidos se realizaban dentro de una lógica clandestina característica del sistema de desapariciones que contribuía constantemente al clima de temor y confusión marcado por la escasez de información. Esta lógica, que ha condenado a las familias de las personas detenidas-desaparecidas a prolongados procesos de búsqueda, se evidencia con claridad en esta primera etapa del caso de los obreros de Ford. Analizando el caso desde la perspectiva de las familias, notamos que cada movimiento y acción de la que los trabajadores fueron víctimas, conllevó necesariamente una situación traumática de vulnerabilidad para sus familiares. A la vez, los eventos y sus características motorizaron una serie de estrategias diversas según la coyuntura, protagonizadas por las mujeres de Ford. Estas acciones variaron, desde acudir por separado a la comisaría de Tigre, a llevar diariamente paquetes con bienes básicos, entrevistarse reiteradas oportunidades con un represor de la zona norte del Gran Buenos Aires (Molinari), establecer canales de comunicación más activos entre ellas y, como sucedió luego, soportar violentas esperas en las filas de visitas a la cárcel de Devoto. Las transformaciones en las vidas familiares fueron radicales: las estrategias no se limitaron a la búsqueda de los hombres y a la difícil obtención de información; la organización cotidiana del hogar demandó asimismo una serie de reacomodos, decisiones y movimientos de cada una de las mujeres de Ford para continuar con el sostenimiento material y afectivo de los núcleos familiares en un contexto de inestabilidad, temor e incerteza constante. Sin dudas, la desaparición de la fuente principal de ingresos de aquellos hogares -en los cuales el puesto de trabajo en la automotriz jugaba un rol estructurante en el sostenimiento material y proyectos de vida- significó una dificultad adicional.

A finales del mes de mayo, Arcelia recibió un breve telegrama de Ismael: “estoy alojado en Devoto, hay visitas”. Desde la comunicación escueta y hostil que recibieron en la entrada de la comisaría acerca del traslado de los trabajadores, las mujeres se habían movilizado recorriendo distintos lugares y preguntando reiteradamente por el paradero de sus parejas. Sin embargo, hasta la llegada del telegrama a finales de mayo no obtuvieron respuestas oficiales, habiendo incluso visitado la cárcel de Devoto y recibido como hermética respuesta que allí no estaban. Tras recibir el mensaje de Ismael, Arcelia se comunicó con algunas de las mujeres y rápidamente se dieron aviso unas a otras.

“(…)fuimos un grupo de familiares a ver si los podíamos ubicar. Nos dieron un listado de días de visita, requisitos para entrar y nos dijeron que de acá a 20 días se empezaban a dar las visitas, que dependían de la conducta del interno y del familiar afuera. Bien nunca supe a qué se referían, porque uno estaba caminando por las calles y pidiendo una respuesta que no la encontraba, era muy feo eso.”

Nuevamente: la incertidumbre, las respuestas crípticas, los comunicados escuetos, la desigualdad de poder y la espera. Las mujeres afrontaron todo ello, acompañado del sostenimiento de las tareas cotidianas relativas al desarticulado hogar familiar.

“Yo hasta ahí me movía sola sola, con alguien que me ofreciera ayuda, porque todavía con el grupo no nos conocíamos prácticamente salvo los que nos habíamos conocido en Tigre pero todavía no teníamos relación, cada uno andaba por su lado.” (E. Charlin, 2021)

De esa etapa de la búsqueda, Elisa recuerda tomar decisiones y moverse esencialmente sola, o bien acompañada por allegados que no pertenecían a “las mujeres de Ford”. Ciertamente, muchas de las mujeres y familiares de los obreros de Ford se identificaban entre sí, conocían sus nombres, apodos y/o apellidos luego de compartir varios días en las inmediaciones de la comisaría de Tigre. Sin embargo, en la mayor parte de los casos -ya trasladados los hombres a Devoto- no llevaron adelante las acciones de búsqueda de modo grupal.

“Cuando los llevaron a Devoto los blanquearon” cuenta Elisa. Las mujeres averiguaron en el servicio penitenciario qué documentación debían llevar y en seguida comenzaron a realizar los trámites, instancia que no estuvo exenta de dificultades y demoras. El día que Elisa se presentó con la documentación, le informaron que faltaba alguno de los papeles solicitados, lo que la llevó a esperar una semana más. Al menos, relata, en el transcurso de aquellos días pudo llevarle a Pedro algo de ropa y artículos de higiene.

“Desde el 13 de abril que estábamos dando vueltas. Y bueno terminamos yendo cada una por su lado a Devoto y ahí nos confirmaron que sí, que estaban ahí y, en cuanto a trámites, qué había que hacer.” (E. Charlin, 2021)

Devoto no fue fácil. Desde el plano afectivo y simbólico, narrado en primera persona: “Devoto me causó una impresión horrible como a todas”. Muchas de ellas nunca habían visitado una cárcel por dentro y ninguna había transitado antes la experiencia que implicó el protocolo de visitas en aquel contexto de terror estatal. Sus maridos estaban alojados en el pabellón 5, en un quinto piso: cinco pisos que las mujeres de Ford subieron a oscuras, luego de someterse a invasivos y violentos controles. Además de tener que cumplir con un código de vestimenta (camisas y faldas largas), eran sometidas a requisas: las desnudaban -ha narrado Arcelia- las manoseaban, las mujeres policías les realizaron tactos, les obligaron a abrir la boca, supuestamente buscando armas o drogas: las mujeres de Ford no lo sabían con certeza, pero soportaron aquellas violencias físicas y verbales para ver a sus maridos. Además, relataron, en oportunidades al ser requisadas recibieron golpes y patadas.

La cárcel de Devoto fue el escenario de las primeras visitas que realizaron las mujeres de Ford a sus parejas. Desde que se los habían llevado el 13 de abril, hacía más de un mes, no habían tenido ninguna oportunidad de verlos. El sistema de visitas a Devoto implicaba exponerse a una serie de malos tratos y arriesgar, incluso, la vida: además de las requisas, las mujeres realizaron pernoctes formando una fila multitudinaria a la entrada de la cárcel. Si las visitas eran los viernes, conversaban entre ellas y se organizaban para estar allí desde el miércoles, pasar dos noches, abrigadas por el frío y así conseguir entrar. Eran tantos los familiares y los allegados de los detenidos esperando por verlos, que presentarse el día de la visita significaba no llegar al pabellón. Por ello, las mujeres de Ford comenzaron a comunicarse más seguido para coordinar el medio de transporte en el que irían a la cárcel, el horario y asistir acompañadas. La sensación que se les presentaba aquellos días era la de vivir en una inseguridad permanente, bajo una constante amenaza. Aquella sensación se fundaba en los hechos: en las largas filas que hacían de noche frente a Devoto, aparecieron numerosas veces agentes del servicio penitenciario acompañados por militares, con móviles y luces, seleccionaban a alguna de las mujeres y la tomaban por la fuerza, la golpeaban y en algunos casos realizaron torturas frente al resto del grupo. Muchas no volvieron y algunas mujeres de Ford tienen la certeza de que las mataron.

Fue en esa época, junio de 1976, cuando comenzaron a llamarlas “las mujeres de Ford” con el fin de identificarlas entre las familias de otros trabajadores privados de su libertad, detenidos también en Devoto. No obstante, no conformaban entonces un grupo con una estructura cohesiva férrea, tampoco se conocían en profundidad unas a otras. La comunicación entre “las mujeres de Ford” estuvo centrada aquél tiempo en organizar las visitas a la cárcel. En cierta medida, durante aquellos meses de 1976 cada una movilizaba la lucha de manera individual, acompañándose de algunos familiares cercanos, se las ingeniaba para sostener sus hogares con distintas estrategias. Con el paso de los años, al contar su historia -y habiendo constituido el colectivo unido y sólido que impulsó la causa judicial- las mujeres recuerdan al grupo con una marcada carga afectiva:

“(...)muchas de mis compañeras que se convirtieron como en hermanas, sin saber a veces los nombres, pero sabía que eran torturadas por estas bestias que vestían un uniforme. Y cómo las quería, y cómo nos queríamos y cómo nos protegíamos y cómo sufríamos cuando se la llevaban de nuestro lado y sabíamos que nunca más la íbamos a ver...” (A. Ortiz, 2006. Respecto a las visitas a Devoto.)

Incluso movilizándose mayormente por su cuenta, las mujeres de Ford relatan sus historias y exponen objetivos y móviles en común. Las luchas que motorizaron en la búsqueda de sus

maridos significaba también conocer cuál era el motivo por el que se los habían llevado y quiénes eran los responsables. “¿Por qué se lo llevaron?” es un interrogante que ha aparecido reiteradas veces en sus relatos sobre aquel año.

Cuando Elisa recibió la información de que habían centralizado lo referente al caso en el regimiento 1 de Palermo, se dirigió en busca de información, de respuestas. De allí la redirigieron al comando de institutos militares en Campo de Mayo, lugar al que asistió sola. Fue recibida por el cabo de guardia en una oficina, quien le aconsejó que escribiera una carta de puño y letra y volviera a llevársela para que él se la entregara personalmente al general Riveros⁴, director del comando de institutos militares de Campo de Mayo. Elisa, que para ese entonces estaba conociendo a Cristina de Amoroso, le compartió el dato y le propuso asistir juntas a llevar las cartas en un intento más de obtener respuestas sobre la causa del encierro de sus maridos. En pocos días tuvieron respuesta y fueron citadas a entrevistarse con Riveros. El general las recibió en su oficina, con ambas cartas en la mano: “¿qué es lo que necesitan?”. Las mujeres respondieron concretamente: saber por qué están acá, cuándo van a salir y de qué se lo acusa. "Sus maridos son montoneros" fue la primera respuesta que obtuvieron.

Mientras su marido estaba en Devoto, Elisa Charlin también tuvo la experiencia de visitar la Coordinación General al acompañar a otra mujer cuya pareja había sido retirada de la cárcel sin aviso. En Devoto le indicaron que para averiguar sobre el paradero de su marido podía dirigirse a Coordinación General, lugar donde -contaron más tarde los hombres encarcelados en Devoto- se cometían vejaciones físicas y torturas atroces a modo de castigo. Quienes eran llevados allí por la fuerza en muchas oportunidades no volvían, los desaparecían. "Es horrible, impresionante (...) y un trato de lo peor.. ahí no le dieron ningún tipo de información". Describir esta serie de situaciones -si bien este trabajo no busca hacerlo de manera exhaustiva- tiene el objetivo de reponer la heterogeneidad de un conjunto de experiencias que sin embargo han tenido el denominador común de constituir eventos traumáticos y violentos, en los planos físicos y simbólicos, ante los que las mujeres de Ford generaron acciones de resistencia.

“Bueno, hicimos hábito de ir a visitarlos. Yo siempre digo no costumbre, yo nunca me pude acostumbrar a eso pero tenía que ir porque él estaba ahí y era necesario que viera que alguien estaba de afuera y que seguía ahí, aparte el necesitaba verme y saber que no me habían hecho nada, porque era una continua: sabías que tu familiar estaba afuera y ¿hoy qué? ¿dónde está? Y un día vamos, después de habernos comido la cola de los dos días y medio, llego a la ventanilla y ya no estaban en Devoto.” (A. Ortiz, 2006)

⁴ El ex general Santiago Riveros fue jefe del Comando de Institutos Militares.

El fragmento anterior ilustra la situación material y afectiva en la que vivían dentro y fuera de la cárcel. Nuevamente, incertezas, inseguridad y angustia. Luego de cinco meses de estar detenidos en Devoto, los trasladaron como lo habían hecho desde la comisaría de Tigre: sin previo aviso. Desde las distintas instituciones a las que recurrieron las mujeres se escatimaban las comunicaciones oficiales lo cual, lejos de ser un hecho aleatorio, formó parte de una lógica sistemática que alimentaba el terror y la falta de información.

Las entrevistas con Molinari y otros miembros de las FFAA, las visitas a sus maridos incluso sin poder verlos (llevando ropa a la comisaría de Tigre), el soportar vejaciones para ingresar a Devoto, las “sentadas y piquetes” frente a los cuarteles demandando información, no fueron las únicas acciones que llevaron a cabo las mujeres. Las estrategias y los intentos de obtener trazos de verdad y justicia sobre la situación que estaban atravesando las llevó también a recurrir a abogados. En 1976 lo intentaron: cada una se presentó en estudios diferentes, pero la devolución arrasadora que recibieron fue que no podían tomar los casos en ese momento, “no podían actuar en eso de los desaparecidos”. Hubo un estudio en San Fernando, contó Arcelia, cuyo abogado titular se interesó en hablar con el grupo de las mujeres de Ford pero la entrevista no pudo concretarse luego de que lo apresaran acusándolo de comunista y quemaran el estudio. El desamparo de aquel tiempo se profundizó en los intentos de generar articulaciones con otros sectores:

“Nadie quería ni siquiera recibimos, los abogados decían que estaban con las manos atadas e imposibilitados de hacer nada, ellos no podían y que no podían... ya por último no recurrimos a nadie porque sabíamos la respuesta.” (A. Ortiz, 2006)

3.3. La Plata

¿Hacia dónde habían sido trasladados? En el servicio penitenciario de Devoto no existían las listas de traslado y el personal de la cárcel les negó toda información. Arcelia pensó rápidamente en Molinari: el teniente debía saber dónde habían sido llevados los trabajadores de Ford. En grupo, volvieron a recurrir a la entrevista con Molinari en Campo de Mayo, en busca de información sobre el paradero de sus maridos. El militar las recibió, relatan, “arrogante” como en las oportunidades anteriores y a sus preguntas respondió que no sabía dónde estaban sus familiares, que su traslado no era algo que dependiera de él sino del servicio penitenciario. Arcelia cuenta que les sugirió presentar un recurso de amparo pero ¿qué significaba eso? Muchas posibles acciones y herramientas no pertenecían a su entorno cotidiano, no eran términos que conocieran ni instituciones a las que pudieran recurrir con

facilidad. Algunas recurrieron al ministerio del interior, obteniendo otra negación, nuevamente un escollo: no era el horario adecuado, los reclamos no podían ser tomados y procesados. Las mujeres continuaron insistiendo ya que el imaginario compartido y las presunciones mayoritarias eran que en algún lado estaban, no los creían muertos.

Pasaron muchos días sin obtener noticias oficiales sobre el paradero de sus maridos; sostener las esperanzas de encontrarlos y renovar la energía que demandaba la movilización física y emocional de su búsqueda fue cada vez más difícil. En el transcurso de medio año, el grupo de mujeres -a veces por separado, otras veces juntas- se habían enfrentado en numerosas y diversas oportunidades a personas e instituciones que les negaron información, las requisaron, maltrataron y hablaron en términos ajenos a ellas, lo cual aumentó su sensación de incertidumbre y desamparo. Estas mismas coyunturas son las que las impulsaron a elaborar estrategias que, en su conjunto y desde una mirada revisionista de las historias, han llegado a constituir biografías particulares en trayectorias militantes.

La figura de Molinari aparece con insistencia en la voz de Arcelia:

“(...)no tenía dónde recurrir y me iba a molestar a Molinari. Siempre le dije lo mismo: "usted sabe y usted es el culpable.” “(...)y en el transcurso de ese mes, posiblemente todo septiembre que no sabía el paradero de Ismael yo me iba, recorría todos los lugares que me decían y de vuelta iba a campo de mayo, me plantaba allí y me sentaba. Hacía mi sentada personal y pedía hablar con Molinari” (A. Ortiz 2006)

En la institución penitenciaria de Devoto la respuesta que obtuvieron al preguntar por el traslado fue "están bajo el PEN, acá no los podemos tener alojados, pero no sabemos a dónde los llevaron". ¿Qué era el PEN? Las respuestas que obtuvieron a lo largo del difícil derrotero nunca se presentaron como información asequible. Los empleados de las instituciones represivas y los miembros de la policía y las Fuerzas Armadas devolvieron, en la alevosa mayoría de los casos, enunciados peyorativos y vocabulario específico que complejizaba la búsqueda de las familias. Arcelia cuenta que comenzaron a averiguar de qué se trataba “estar bajo el PEN”, algunas sabían que era el Poder Ejecutivo Nacional, pero no fue su caso. Los mensajes que circulaban aseguraban que si estaban bajo el PEN estaban seguros y no corrían riesgo de ser asesinados, sin embargo ello no llevó tranquilidad a las mujeres de Ford.

Desde la desaparición de Ismael, Arcelia vivía con su hermano quien fue un pilar fundamental de acompañamiento y contención durante aquella época: seguía trabajando en la fábrica Ford y pasaba las noches en el hogar de Arcelia para evitar que estuviera sola. Notamos aquí las redes de contención y acompañamiento que se han tejido en cada caso particular, en gran

medida dependientes de la conformación familiar. Arcelia e Ismael no tenían hijos, y sus padres vivían en Alen Cue (Corrientes), por lo que su hermano era el vínculo más próximo. En septiembre de 1976 Arcelia fue a discutir con Molinari, “él me dijo que no sabía el paradero de mi marido y que no le importaba porque ya no era su responsabilidad lo que había pasado con todos estos subversivos que él detuvo en la zona norte”. Esa noche volvió a su casa y cuenta que escuchó una voz entre sueños: “Ismael está en La Plata”. Algunas de las familias de Ford ya habían recibido la noticia de que sus parientes se encontraban presos en La Plata y estaban realizando visitas. La familia de Conti era uno de estos casos y Arcelia pensó en recurrir a ellos para conocer su experiencia y buscar un modo de llegar a La Plata. En la entrevista realizada en el 2006 relata lo que pensó antes de dirigirse al hogar de la familia Conti: “me conocen y sabemos que si nos necesitamos no tenemos horarios para llamarnos”. Estos hechos, al igual que la forma en la que son relatados por las protagonistas, dan cuenta de la existencia de vínculos y solidaridades tendidas de manera orgánica entre las mujeres y entre las familias en general.

Luego de cinco meses de haber estado en Devoto, habían trasladado a los trabajadores a la unidad 9 de La Plata, a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. El sistema de visitas en La Plata distaba mucho de la violencia que habían experimentado en Devoto. Allí las palpaban y las hacían pasar a un espacio amplio, con la presencia de muchos guardias. En aquel lugar podían caminar, tomar de la mano a sus familiares, conversar con ellos. Desde sus secuestros en marzo hasta las primeras visitas en La Plata (en septiembre de 1976) no habían tenido oportunidad de establecer contacto físico con sus parejas. La experiencia del sistema de visitas en Devoto era reciente y se encontraba vigente en sus cuerpos y memorias: las agresiones físicas y el maltrato para llegar junto a un grupo enorme de personas a divisar por pocos minutos a sus familiares tras las rejas.

Elisa Charlin cuenta que frente a su casa vivían los padres de Pedro, quienes la ayudaron a organizarse con las tareas de cuidado de los hijos cuando ella debía movilizarse. Además, la madre de Elisa alquiló su vivienda para mudarse con ella, desempeñando tareas de acompañamiento, cuidado de los hijos y soporte económico. Como en el caso de Arcelia, los familiares cercanos han jugado un rol central en el desarrollo de estrategias de organización, búsqueda y resistencia durante esos meses. La historia de Elisa ilustra la imbricación de las biografías personales y familiares con las trayectorias de resistencia a la dictadura: mientras Pedro Troiani estuvo privado de su libertad, uno de sus tres hijos se había enfermado gravemente y Elisa decidió contactarse telefónicamente con Molinari. “Yo necesito que mi

marido esté acá con nosotros urgente, porque esto es grave, yo le voy a mandar un certificado con el resumen de historia clínica con un familiar para que usted vea que yo no estoy mintiendo”. Simultáneamente, Elisa estaba en contacto con algunas de las mujeres y su situación fue conociéndose entre ellas. A los pocos días, en una entrevista con Riveros, el militar le informó que pronto Pedro sería liberado, “ocúpese de su hijo con su marido y olvidense de todo este problema” recuerda oír Elisa. Esta clase de relatos demuestran tangiblemente que la historia de la resistencia a la violencia dictatorial no es monolítica ni homogénea. Las trayectorias militantes, de activismo y resistencia no son luchas asépticas sino que se encuentran estrechamente entrelazadas con rutinas familiares, vidas personales, cotidianidades y contingencias. Es por ello que los relatos orales constituyen una fuente inagotable de análisis y exploración para otorgar relieve y contenido histórico y biográfico a relatos sobre la historia argentina con ciertos rasgos totalizantes.

4. “Fue Ford”

En diciembre de 1976 comenzaron a publicarse en los periódicos las listas de las personas que eran liberadas, mientras que en otra página figuraban listados los nombres de supuestos subversivos que habían sido abatidos por las fuerzas de seguridad en intentos de fuga. Estas comunicaciones mantenían en estado de alerta a las familias de “los desaparecidos de Ford”. La incertidumbre por desconocer cuál de ambos destinos sería el de sus maridos era compartido entre las mujeres. Esta situación, marcada por la inseguridad y la preocupación, era profundizada por acciones típicas de los grupos militares: Arcelia cuenta enterarse por vecinos, que habían concurrido a las intermediaciones de su hogar personas de civil a hacer averiguaciones sobre su familia. La modalidad de control y los movimientos estratégicos del aparato represivo para generar un clima de temor e inmovilidad estuvo presente previamente, en simultáneo y posteriormente a las desapariciones de los obreros.

En febrero de 1977 comenzaron a otorgarse las libertades de algunos trabajadores que pertenecieron a empresas de la zona norte, lo que generó esperanza en las mujeres de Ford. En marzo salieron los primeros hombres de Ford, de manera semanal, de acuerdo a las listas que se publicaban. A fines de marzo, tras liberarse un último grupo de Ford, Arcelia recurre a la oficina de Molinari a preguntar por Ismael. Ni Ismael Portillo ni Carlos Propato habían sido liberados; para ese entonces las mujeres contaban con un conocimiento creciente de los derroteros y sabían que Propato había sido torturado y trasladado a Sierra Chica, mientras que Portillo se encontraba en La Plata. La séptima y última vez que Arcelia se entrevistó con

Molinari, el militar le mostró una hoja con el logotipo de Ford y la lista de nombres del grupo de obreros, delegados y subdelegados de la planta que habían sido secuestrados en marzo del año anterior, torturados en el quincho recuperado por la lucha gremial y luego detenidos en la comisaría de Tigre, en la cárcel de Devoto y finalmente en la unidad 9 de La Plata. “¿Ves? esta lista no la inventé yo, esta lista me la envió Ford, de la gente que quería que sacáramos”. Los hombres de los nombres tachados estaban en libertad, sólo faltaban Portillo y Propato. Hoy, ambos son sobrevivientes de los cautiverios clandestinos y formaron parte del núcleo que impulsó la causa judicial que culminó con la condena a dos exdirectivos civiles de la planta Ford Motors de General Pacheco en el año 2018.

5. Libertad...vigilada

Del grupo de 24 obreros y gremialistas de Ford que fueron secuestrados y privados de su libertad, ocho continúan desaparecidos. Quienes fueron liberados a comienzos de 1976, junto con sus familias, han sido blanco de una serie de violencias y mecanismos de acecho aun luego de obtener sus libertades. Una vez fuera de la cárcel, aquellas “familias de Ford” estuvieron bajo el yugo de la libertad vigilada que, en algunos casos, se sostuvo por 10 años. Este sistema significó una lógica de vida que impactó, asimismo, en cada núcleo familiar. Desde las liberaciones, todos los meses se apersonaron militares en los hogares a fin de realizar protocolos de control y averiguaciones sobre los integrantes del hogar. Aun sin estar detenidos, las vías capilares del poder dictatorial se presentaban de manera consistente en las cotidianidades de los sobrevivientes y sus círculos parentales.

A partir del mes de mayo de 1977, una vez al mes se presentaban en la casa de Arcelia Ortiz e Ismael Portillo un policía y un hombre de Campo de Mayo. Los hombres les hacían firmar una circular y completar una serie de datos. Esta dinámica, cuenta Arcelia, cesó en marzo de 1987. En aquel entonces ella desconocía el término de “libertad vigilada”, por lo que recién comprendió más cabalmente el contexto de aquellas visitas una vez que entraron en contacto con abogados años más tarde. Ello ilustra claramente la sistemática desinformación intencionada que caracterizó al período 1976-1983 así como la brecha que separó a muchas integrantes de estas familias del campo simbólico que utilizaban sus represores y las fuerzas policiales con las que tuvieron que interactuar reiteradas veces en el transcurso de esos años. Incluso en democracia, el avasallamiento y la vigilancia que implicó la presencia mensual de individuos de la policía y de Campo de Mayo en su hogar, prolongaron la sensación de temor y de desprotección que había alcanzado su momento de mayor intensidad en el año 1976.

Además de la presencia tangible de las sostenidas visitas militares, tuvo lugar una serie de secuelas y consecuencias de las experiencias represivas en las vidas de las mujeres de Ford. Las dificultades para el sostenimiento económico se acrecentaron: los sobrevivientes y sus parejas han relatado el notable abandono de la empresa hacia ellos: la desprotección social, la falta de pago de salarios pendientes y la situación de precariedad y desocupación en la que los dejaron. Una vez liberados, conseguir una fuente de trabajo fue una tarea muy compleja. Los hombres de Ford presentaron asimismo secuelas físicas: Portillo perdió la visión, ya que durante los meses que estuvo privado de su libertad también estuvo privado de tomar la medicación diaria que requería. Las secuelas sostenidas en el tiempo, producto del derrotero que se ha descrito -resumidamente- en este trabajo, corresponden a múltiples dimensiones de estas biografías: a la dimensión económica en la cual aparecieron notables dificultades, al desensamblaje del núcleo familiar, al derrumbe de las expectativas y proyectos de vida que habían crecido íntimamente vinculados a los puestos de trabajo en Ford y, por último, a toda una serie de eventos traumáticos que impactaron profundamente en las mujeres de Ford.

“El miedo que le queda a alguien que tuvo un familiar desaparecido no te lo sacás más” comenta Arcelia en una entrevista realizada en el año 2021. Las secuelas traumáticas y la presencia del temor han sido una de las constantes más notorias en los relatos de las mujeres. En el transcurso de la búsqueda de sus maridos, debieron soportar diversas situaciones extremas cuyos efectos no finalizaron en aquél momento. En 1976 un grupo de tres de las mujeres fue llevado en un móvil policial desde la comisaría de Tigre hasta la costa del río Luján. Como respuesta a la pregunta por el paradero de sus parejas, los militares les mostraron ocho tambores con cadáveres. Esta clase de situaciones se repitió en distintos contextos y con distintos sujetos, pero el efecto era idéntico: producir temor, amedrentar y desmovilizar el activismo. En otra oportunidad, Molinari les había señalado los arcos de Campo de Mayo donde “colgaban a los subversivos para que los perros los mordieran hasta que ellos hablaran”. Aunque según el militar eso no les ocurriría a sus maridos, estas violentas demostraciones de poder no fueron azarosas, sino que cumplían un rol claro en la implementación de un sistema represivo inmenso. Además de implantar un profundo temor en las familias que se prolongaría con el paso del tiempo, eran demostraciones fragmentadas de lo que estaba sucediendo, que contribuyó al conocimiento desperejo y segmentado de la dimensión del terrorismo de Estado.

(...) Y sabíamos además que a las cárceles habían ido personas que han dicho ser torturadas en campo de mayo por los perros. Y nosotras ya afuera sabíamos que eso pasaba. Era una tortura permanente, los de adentro y los

de afuera estábamos con la cabeza que no nos daba para más y con el terror que nos implantaban (...)" (A. Ortiz, 2006)

De las características que revistieron estas experiencias, ¿qué fue transmitido y de qué manera hacia adentro de las familias? Arcelia contó que al comienzo minimizaron las referencias al tema, sus hijos eran pequeños; a diferencia de la familia de Elisa Charlin, nacieron luego de las liberaciones y Arcelia y Pedro no creyeron necesario comunicar lo acontecido a una edad tan temprana.

"A medida que los hijos crecieron, así como Nazareno preguntó su historia, y todos quisieron saber ese huequito de la historia de papá cuando se fue de Ford y poco a poco fueron conociendo... Y nos hicimos un pacto con Ismael, de hablar siempre, contar siempre la verdad"

"La historia de papá cuando se fue de Ford" enuncia Arcelia, dando cuenta del abanico de referencias y modos de nombrar que se construyen en función del ámbito donde se comuniquen las historias. Los relatos de las mujeres evidencian la vinculación inseparable entre las trayectorias militantes, su organización y su activismo, con las dimensiones personales y familiares que no pueden pensarse escindidas. En simultáneo al procesamiento de las experiencias de violencia, las mujeres debieron afrontar no solo el sostenimiento material del hogar sino la elaboración de los relatos y la transmisión de las historias a sus hijos e hijas. También, lidiar con el miedo, con los persistentes presencias del control dictatorial, el repentino derrumbe de los proyectos de vida que habían construido luego del ingreso de sus maridos a Ford y la reestructuración del modo en que auto percibían su propio rol.

6. Palabras finales

En el trabajo me propuse comenzar una indagación sobre las violencias sufridas y las estrategias empleadas por las parejas de los obreros detenidos-desaparecidos de la planta automotriz Ford Motor (General Pacheco). Con este objetivo y valiéndome de un conjunto acotado de fuentes orales y un marco bibliográfico de investigaciones sobre la responsabilidad empresarial en delitos de lesa humanidad, pude reponer datos históricos pero también recabar sentidos asignados por las personas que relataron sus experiencias. El trabajo con el archivo oral me permitió conocer cuáles fueron las trayectorias de algunas de estas mujeres en la movilización por la búsqueda de sus maridos durante la etapa más álgida del terrorismo de Estado. La tarea supuso indagar con qué obstáculos se encontraron, qué estrategias utilizaron en esa búsqueda y qué violencias vividas han relatado.

Abordar las biografías resistentes y las trayectorias de lucha desde el prisma familiar que habilitan las voces de las mujeres de Ford, permite ampliar el análisis del impacto que ha generado el terrorismo de Estado en la sociedad argentina. A través de las narraciones sobre las violencias vividas, se complejiza la noción misma de “violencia” y se amplían las descripciones de las experiencias: la incertidumbre, el temor, el silencio, los fragmentos de información circulantes, la carencia total de certezas sobre lo que estaba teniendo lugar y sobre lo que podía sucederle a sus familiares o a ellas mismas.

Fijar el análisis en el período mencionado me ha permitido, por otra parte, contrastar algunas concepciones sobre la existencia y la unidad de ciertos grupos que en el presente detentan una notable cohesión pero no ha sido así en las décadas de los años ‘70 y ‘80. Analizando las referencias y los relatos que han producido las mujeres sobre aquella época, puede proponerse una hipótesis. Mientras sus maridos estuvieron secuestrados, si bien establecieron vínculos y canales de comunicación entre ellas, no constituyeron un grupo férreo y las acciones de búsqueda han sido llevadas adelante o bien de manera individual o bien acompañadas por familiares próximos a cada una de ellas. El grupo no estuvo conformado como tal desde el comienzo, pero ya en Devoto recuerdan identificarse con mayor precisión las unas a las otras y unirse como estrategia frente a lo que implicaron las visitas a la cárcel.

Otro aspecto que permitió indagar el trabajo con el corpus de entrevistas ha sido el conjunto de tareas que se han superpuesto y han convivido con el derrotero de búsqueda y activismo durante la dictadura. Como se ha mencionado previamente, las trayectorias de lucha no se encuentran deslindadas de las redes vitales de sus protagonistas, las cuales incluyen una diversidad de elementos y responsabilidades. Frente a las demandas de la vida cotidiana, las mujeres de Ford debieron reconfigurar sus roles y en muchos casos contaron con la contención y la ayuda práctica de otros miembros de la familia, como hermanos, madres, cuñadas, etc.

Indagar en los relatos en primera persona evidenció, además de vínculos, articulaciones y experiencias compartidas por las mujeres de Ford, todo un conjunto de diferencias y matices entre las vivencias particulares. En muchos casos, se han encontrado ante los mismos obstáculos pero también pueden identificarse variables que han influido facilitando u obstaculizando las vivencias de manera diferencial. Estas variables fueron, por ejemplo, la existencia de una familia cercana geográficamente y afectivamente que en muchos casos funcionó como soporte. Otra variable a considerar ha sido la referente a los ingresos económicos de los

hogares, vinculada a la situación laboral de las mujeres. En este sentido, tampoco han sido homogéneas las experiencias; algunas de las mujeres se dedicaban esencialmente a las tareas de cuidado y sostenimiento doméstico mientras que otras trabajaban en relación de dependencia fuera de sus casas.

Junto con la cuestión laboral, la conformación familiar también constituyó una variable clave que determinó a su vez la necesidad de organizaciones específicas. No fueron idénticas las estrategias y los apoyos de Arcelia, quien no tenía hijos en 1976, a los recursos que movilizaron Elisa -con tres hijos, uno de los cuales estaba enfermo- o Gabriela frente al cuidado de sus dos hijas aquél año. En este sentido, Gabriela ha relatado cómo debió reconfigurar la organización en su casa, especialmente respecto a las tareas de cuidado de sus hijas luego de desaparecer Ricardo Ávalos, su marido empleado en la planta Ford. Sus hijas eran pequeñas, ella trabajaba en la fábrica de Terrabusi y como modista en una boutique; ante la desaparición de Ricardo, la simultaneidad del cuidado de sus hijas y el mantenimiento económico se presentó como un problema central. Si bien al comienzo imaginó -cuenta- que la detención de su marido podría durar unos pocos meses, los cautiverios se prolongaron casi un año y la ayuda que recibió de su madre quien vivía en Gral. Pacheco fue fundamental. La misma noche en que fue informada por un compañero de Ricardo que se lo habían llevado, Gabriela se trasladó para instalarse en la casa de sus padres y así resolver el cuidado de sus hijas sin abandonar su trabajo en la fábrica Terrabusi. Otra particularidad del caso de Gabriela Córdoba la constituyen sus prolongadas jornadas laborales, lo cual no sólo complejizó el panorama al desaparecer Ricardo sino que fue también un obstáculo para que ella pudiera dedicar más tiempo a las acciones de búsqueda y movilización como eran las guardias en la comisaría, las entrevistas en campo de mayo, etc. Gabriela tenía conocimiento del grupo que albergaba una incipiente articulación, sin embargo las limitaciones materiales de su tiempo (dos trabajos y el cuidado de las hijas) eran contundentes.

Lo cierto es que, en los casos analizados, han tomado una importante centralidad la presencia y acompañamiento de los miembros de las familias. “Tenía una familia de hierro al lado mío” comentó Arcelia en referencia a su hermano.

Por último, cabe introducir una reflexión sobre una dimensión trascendente que ha surgido del trabajo con los testimonios. Los distintos relatos sobre las vivencias personales que tuvieron lugar en el mismo período han evidenciado la cuestión del conocimiento diferencial -que había entre las mujeres- respecto de las dimensiones y las características del contexto

represivo. Los imaginarios que se gestaron, así como el conocimiento del contexto fueron fragmentados y heterogéneos. ¿Qué se sabía? “Nosotros ni nos imaginábamos que a la gente que se llevaban a Campo de Mayo estaban llevándola a los vuelos, desapareciéndola” mencionó Troiani en la entrevista realizada para el archivo de Tigre. Los grados de conocimiento no sólo variaban entre las víctimas y sus familiares y los represores civiles y militares, sino entre las propias familias. En muchas oportunidades, Arcelia ha relatado no comprender la razón de la desaparición de Pedro y, al ser avisada en primera instancia, tener mucha dificultad en creerlo. Además, ha enfatizado la ausencia de lazos de su familia con “cuestiones políticas” o afiliaciones partidarias. En otros casos, las mujeres narraron haber sido conscientes de lo que podía ocurrir. En la entrevista, Gabriela transmite que ella y Ricardo “sabían desde un principio lo que pasaba” y recuerda sentir miedo previo a los secuestros y detenciones de marzo. Al llegar Raggio -un compañero de trabajo de Ricardo- el 13 de abril de 1976 a su casa, Gabriela cuenta tener la certeza de lo que iba a transmitirle.

Como ha sido analizado, el proceso de conocimiento y comprensión de los hechos fue gradual, fragmentado y desparejo, al tiempo que ha estado vinculado a las trayectorias particulares previas. En este sentido, quienes habían estado interiorizados en cuestiones política partidaria o habían participado de experiencias sindicales, militantes o gremialistas, comprendieron con anterioridad ciertas características de lo que estaba ocurriendo o podía ocurrir, así como los móviles de la represión y la violencia de la que fueron blanco.

Recursos orales

- Entrevista a Ortiz, A. (2006). Archivo oral de Memoria Abierta.
- Entrevista a Portillo, I. y Ortiz, A. (2021). Archivo oral de la Secretaría General de Derechos Humanos del Municipio de Tigre.
- Entrevista a Troiani, P. y Charlin, E. (2021). Archivo oral de la Secretaría General de Derechos Humanos del Municipio de Tigre.
- Entrevista a Ávalos, R. y Córdoba, G. (archivo oral de la Secretaría General de Derechos Humanos del Municipio de Tigre.

Bibliografía

- AEyT de FLACSO, PVJ, SDH, CELS, Responsabilidad empresarial en delitos de lesa humanidad: represión a trabajadores durante el terrorismo de Estado, Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones, Buenos Aires, 2016